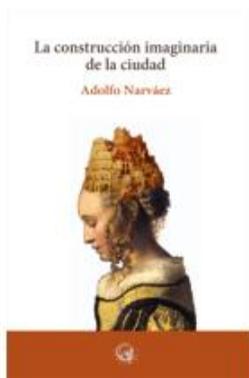


# La Construcción Imaginaria de la Ciudad. Guadalajara: UANL-U de G (Narváez, Adolfo.2013)

The Imaginary Construction of the City. Guadalajara: UANL-U de G



Carlos E. Flores Rodríguez<sup>1</sup>

El arquitecto Adolfo Narváez, investigador de la Universidad Autónoma de Nuevo León, nos presenta un libro con una madurez propia de quien hace tiempo ha superado los límites de su campo disciplinar. En su búsqueda, echa mano de las cualidades lógicas que provee la filosofía, por lo que la riqueza y el estilo de la obra obliga un gran ejercicio interpretativo. Se presume que la cercanía personal con un autor, y el conocimiento contextual de su trabajo, desde una mirada croceana, muchas veces ayuda a entender su narrativa. A falta de ello, como es el caso, el auxilio hermenéutico fenomenológico proporciona herramientas, o quizá una coartada, para el acceso a sus pensamientos y a esa “veracidad no demostrable” que muestra como axioma central de su título, aunque ello suponga un riesgo de, por usar sus palabras, incompletitud.

Quizá sea una de las virtudes del texto, que, superada la posible inteligibilidad y pereza de lo cartesiano, nos propone un regreso al placentero estado de la revelación, así que la comunicabilidad de su libro sólo se posibilita desde el arte, desde la elemental herramienta que posee el ser humano para producir: el lenguaje, como prístino artefacto para entender para comunicar. No es fortuito entonces que la ciudad,

que la arquitectura, solo pueda ser entendida, y por extensión imaginada como una dialéctica entre la materia y el pensamiento. Desde la mirada lefebvriana, el espacio concebido solamente existe desde la reflexión, y ésta no pervive sin la palabra, sin ese vínculo de reproducción entre la idea y la virtual realidad. Uno podría esperar este tipo de discusiones, pero la sutil evasión del prologuista ya lo había presagiado: que, sin la mirada filosófica, sin un Bachelard omnipresente y un Heidegger escrupuloso, sería un texto imposible, distante.

Relegando ese prejuicio, las dos grandes partes en que divide el texto -a lo que debe añadirse el prólogo y una inusual, por extensa, introducción- auspiciaban, que, como toda creación humana, es una obra autobiográfica, aunque aquí, su desparpajo concede la peculiaridad de una escritura en libertad. No así su lectura. De la misma forma en que el lenguaje funciona como constructor del imaginario, el autor pretende darle esa responsabilidad a la *ensoñación fenomenológica*, pero, en ese caso, desenfadadamente la sustituye por las sensaciones que se encuentran en un estado alterado de conciencia. Se entabla así un reto lanzado por el autor: aquel lector que se conceda

<sup>1</sup> Doctor en Periferias Sostenibilidad y Vitalidad Urbana. Miembro del SNI-Conacyt. E-mail [fcarlose@gmail.com](mailto:fcarlose@gmail.com). Cell. 311-1148816. Adscrito al Área de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Nayarit Dirección: Ciudad de la Cultura Amado Nervo S/N, Los Frenos, 63155 Tepic, Nay. Teléfono: 01 311 211 8800

este permiso, podrá asir lo que nos plantea. La apología no es de conceptos, sino de conciencias.

Efectivamente, hace equivalentes al espacio imaginario con lo que, reiteradamente, denomina “ensoñación”. Para él, y es quizá su tesis central, no es otra cosa que un trance o estado alterado de la conciencia en donde sólo el chamán, emulando a Choay, es una suerte de demiurgo -como en su momento lo fue el urbanista de la posguerra-, con habilidades únicas para su interpretación. Repentinamente la ciudad, desde su particular visión, es comparable con el espacio wixárika; con ello, nos arroja un peculiar y weberiano tipo ideal para su lectura. Esta analogía, le concede el leitmotiv para desenvolverse en su propia ensoñación. La paradoja es que el espacio percibido lefebvriano nos lo reduce como unívoco siempre que nuestra conciencia y vivencia sea semejante a su experiencia emotiva y mística. Pero esta audacia no es la única. Mientras que su multicitado autor francés utiliza la poesía para describir una categoría que por definición es fenomenológica: el espacio, particularmente la Casa; Narváez no. Él utiliza un cruce comprometido entre vivencias esotéricas y el imaginario de la ciudad con una redacción que no siempre contribuye a construirlo o aclararlo, quizá por la ausencia de neutralidad o quizá por montar un paralelismo desconcertante donde, cáusticamente, el lector puede echar de menos a Descartes en esta osada medición del espacio desde la emotividad.

El estudio de la Ciudad, y si este concepto se acompaña de su Construcción Imaginaria, se convierte en un infalible título por sugerente y provocador. En su lugar, este místico del pensamiento de la ciudad, hace alquimia con estas palabras y las transforma en un subterfugio de avaricia académica. De esta manera los lectores son lanzados, a veces con un lenguaje sibilino, al campo de lo esotérico -aunque no necesariamente

en ese orden-, en su búsqueda de, al menos, la postura o el mensaje cifrado de un autor convertido ya en una especie de arcano. En esa ansiedad, mientras se consume la obra, se cae en el vértigo de un vacío que, sin advertirlo, obliga a concluir su lectura sólo para tener por fugaz recompensa, en la última parte del libro, un epílogo que infructuosamente busca resarcir la vulnerada promesa que da título a este texto universitario. Así, una de las mayores sensaciones que deja su lectura, es que Narváez presenta, desde la mímesis, un texto que bien podía intitularse, “La construcción críptica del espacio Wixárika”; después de todo, y también colegiándose con Bachelard, el libro se constituyó en un refugio -su refugio-, para la ambivalencia, su ambivalencia. Tepic Nayarit a septiembre del 2016.